

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL CASO MÁS DIFÍCIL

por
RICHARD KATZ



En un pueblo suizo, cerca de la frontera de Italia, muere asesinado un muchacho que siempre ha vivido al margen de la ley. Perpleja ante el enigma, la policía del lugar resuelve consultar a un viejo inspector jubilado. Per Hill, hombre de cara inofensiva y de ojos despiertos. El rigor lógico de Per Hill lo lleva infaliblemente a la solución del arduo problema: su corazón humano lo traba y lo perturba. En muchas novelas policiales los personajes son meras piezas de ajedrez; en esta, perseguidores y perseguidos son ricos y siempre inesperadas criaturas de carne y hueso.

Con su gracia peculiar, Richard Katz nos refiere aquí una misteriosa y vívida historia, en que se combinan el espionaje, el amor y el crimen.

EL CASO MÁS DIFÍCIL

Richard Katz

CAPÍTULO PRIMERO

DOS JEFES DE POLICIA Y UN ASESINATO

I

–Lo hemos encontrado –fue lo primero que dijo el jefe de policía.

–¿A quién? –preguntó, distraído, Per Hill. Dedicaba toda su atención a un *scotch-terrier* negro que había aprovechado el saludo para arrimarse a un gran perro lobo–. Ven, Tommy, ven –llamó, mientras lo seguía. Con un salto ágil, del que nadie hubiese creído capaz al viejo y corpulento señor, alcanzó a agarrarlo del collar y sujetó la correa.

–¿A quién? –repitió acremente el jefe de policía de Colaro, *signor Rossi*–. ¡Como si aquí se perdiese cada día uno distinto! A Rudolf König, naturalmente. No podía ser otro.

–¿A Rudi? –Per Hill citó el apodo con más desprecio que ironía–. ¿A ese buscaban? ¿De modo que cuando desaparece un novio antes de la boda interviene la policía?

—No es que lo buscáramos, precisamente —convino el jefe de policía—, aunque la novia nos había pedido que lo hiciéramos. ¿Conoce a la familia? —preguntó, interrumpiéndose. Hill asintió—. No, buscarlo no; pero lo encontramos.

—Felicitaciones —dijo Hill, seco—. Aquí tiene mi diestra. El *signor* Rossi levantó, al descuido, su mano enjuta.

—Lo hallamos en Alpe Croce, muerto y —su voz resonó, severa— posiblemente asesinado.

Per Hill se detuvo y miró atentamente a su acompañante. Para ello, como el jefe de policía lo superaba en una cabeza, debió dirigir la mirada diagonalmente hacia arriba. Su cabello blanco, aterciopelado, flotaba al viento; su nariz encorvada parecía un pico. De pie contra la barandilla, en el muelle del lago de Colaro, se asemejaba a una de esas pequeñas, rechonchas gaviotas que, cerca de las boyas, miran hacia arriba, en forma inclinada, el azul firmamento de marzo.

—El gordo y el flaco —susurró, a sus espaldas, un muchacho pescador a otro.

Desde que Rossi y Hill habían tomado la costumbre de pasearse juntos en las noches por el malecón —y de eso hacía ya varios años— los pilletes de los alrededores les habían dedicado los nombres de aquellos dos cómicos del cine. Pero se burlaban de ellos en voz baja, porque el jefe se dedicase a pescar no solamente en los lugares permitidos y, además, estimaban mucho al viejo Hill acompañado siempre por su cómico perro negro. En el campo de golf se peleaban por llevarle los palos, pues daba a su *caddie*, además de lo que en metálico le correspondía, una tableta de chocolate. ¡Pero qué figura cómica la de Hill! Porque resulta más que grotesco quien saca a relucir, una y otra vez, un librito azul y lo lee aun mientras camina, al mismo tiempo que, con un grueso lápiz rojo, hace en él marcas y anotaciones. Vaya a saber por qué el *signor* Rossi —¡a quien saludaban todos los gendarmes!— se daba con él...

Ni el mismo jefe de policía conocía la razón de esta preferencia. Pero cuando dejaba el servicio, prolongaba con agrado su camino de regreso tomando por la orilla del lago, para encontrarse con el viejo Hill, que tan amable y sabiamente sabía conversar. Y es sobre todo esa faz amable la que más puede aprovechar a un empleado policial.

Sin embargo, no era amable la apariencia de Per Hill, cuando, con la cabeza metida en la nuca, se puso a repetir las últimas palabras de Rossi:

–Posiblemente asesinado. –En tono casi agudo, preguntó–: ¿Cómo lo sabe?

También el jefe de policía se detuvo. Pero, en cambio de bajar los ojos hacia Hill, dejó pasar la vista por encima de él. Su oficio le había enseñado a leer demasiadas cosas amargas en los ojos de los demás como para contemplarlos sin necesidad. En los ojos claros de Per Hill no hubiese hallado, decididamente, ni la humedad de la pena ni el brillo de la ira, sino un vigoroso, penetrante interés. Por eso convenía que los evitara. Al señor Rossi, funcionario cerrado y habitualmente insociable, una mirada tan penetrante lo hubiese vuelto desconfiado. En cambio, de este modo, habló con la confianza de una amistad de tantos años:

–Creo en la posibilidad de un asesinato, porque es difícil pegarse un tiro en la sien izquierda con la mano derecha.

–¿El revólver estaba a la derecha?

–La pistola –corrigió el jefe de policía–, una *browning* pequeña de seis milímetros, con el mango de nácar, lindo regalo de la novia.

–¿La bala salió de esa pistola?

El jefe de policía asintió.

–La hemos encontrado. El calibre es el mismo. La bala falta en el depósito...

–¿También tiene la prueba exacta de que la bala pertenece al arma? Me refiero a la comprobación microscópica.

Ahora fue Rossi quien miró a Per Hill en los ojos y lo que en ellos vio lo indujo a cerrar su boca en forma casi perceptible. Tenía a Hill por hombre discreto, pero la profesión es la profesión y un asesinato es un asesinato. Siguió hablando solo después de haberse puesto de nuevo en movimiento, con aparente indiferencia.

–Usted parece entender algo de criminología.

–Leo novelas policiales –se disculpó Per Hill.

–Novela y realidad son dos cosas muy distintas –opinó Rossi.

–¡Muy cierto, muy cierto! –confirmó Hill, y sintió gran alivio de ver que su perro emprendía el camino de vuelta. Así pudo disfrazar su perplejidad con un sermón de reprimenda a Tommy, que había tratado de aproximarse a un macizo perro atorrante—. Anda mal de la vista –se quejó Hill–; ve empequeñecidos a los perros grandes.

–Tampoco anda muy bien en lo que se refiere a sentido de orientación –agregó el jefe de policía–; sobre mi escritorio he visto una nueva boleta de multa del guardián del parque...

De esta manera llegaron, como término del paseo por la playa, hasta las canchas de tenis y el jefe de policía tendió la mano a Per Hill en señal de despedida.

«¡Qué poco sé de él!», pensó Rossi mientras apuraba el paso hacia su hogar y hacia el *risotto* que allí lo esperaba.

Per Hill vio alejarse la enjuta figura, en torno de la cual flameaba, por obra del viento primaveral, un ancho, oscuro manto. Rossi vestía uniforme solo cuando se encontraba de inspección y, aun en esa circunstancia, lo hacía a desgano.

La mirada de Hill se posó en la roja superficie de las canchas de tenis. Ahora estaban vacías, pero recordó al joven de ensortijada cabellera a quien había visto jugar allí con tanta precisión, que creyó oírlo discutir otra vez. Rudi

se enojaba con frecuencia y Per Hill siempre había sospechado que también eso le ocurría por cosas de mayor importancia. ¡Un señorito extravagante! Pero lleno de *charme* y, por lo mismo, querido, pese a todo. ¡Cómo le habían corrido detrás las muchachas! ¡Como a un verdadero rey!... ¿Cuándo lo había visto por última vez, luciendo sus *shorts* de franela? Por el mes de noviembre, o quizá después. En ese bendito clima se podía jugar al tenis durante mucho tiempo. Y ahora en primavera, Rudi estaba muerto... «Posiblemente asesinado». Cuando Rossi decía «posiblemente», significaba «seguramente». Asesinado... En Alpe Croce...

La mirada de Hill se trasladó desde la cancha de tenis hacia las villas y casas de aldeanos que se encontraban más arriba, alineadas sobre la ladera de la montaña, detrás de Colaro. Siguió subiendo, con la vista, por entre agrestes montes de castaños y rocas grises, hasta llegar a la cumbre, donde distinguió, lejana y tenue contra el claro cielo nocturno, la cruz que daba su nombre a esa cresta de los Alpes. «Quién me hubiera dicho que yo, con mis sesenta y cinco años, lo sobreviviría...», pensó, asombrado.

Luego sacó, por rutina, del bolsillo lateral de su amplio raglan, el manoseado librito azul, lo abrió al azar y leyó: «Pon constantemente a prueba cualquier ocurrencia que te obsesione, de acuerdo con las normas básicas de la física, de la ética y de la lógica».

—El bueno de Rossi se me enojó por lo de la física —masculló, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—¡Buenas noches, señor Hill! —saludó el muchacho pescador que, antes, los había denominado «el gordo y el flaco».

—Buenas noches, Ángelo —respondió cordialmente Per Hill y se acercó a la barandilla—. ¿Pican las truchas?

El chico retrotrajo velozmente la pierna desnuda que, hasta ese instante, había dejado bambolear por encima de la baranda y señaló, con ella, la lata en que se agitaban

dos pescaditos. La pregunta de Hill, con respecto a las truchas, no había sido más que un toque de refinamiento psicológico. El muchacho, como pescador experto, comenzó a hablar de truchas, corégonos y otros peces de estirpe, si darse cuenta que el simpático viejo derivaba la conversación de las truchas de mar hacia las truchas de río y, de estas al arroyo vecino a Alpe Croce. Finalmente habló solo Ángel, mientras Hill lo escuchaba con atención. Cuando se despidió, oyó, mientras se alejaba, la voz del chico que inquiría:

–¿Va a jugar al golf mañana temprano, señor Hill?

–Seguramente –asintió.

Pero ninguna seguridad había en ello.

2

–¿Dónde está el señor Hill? –preguntó a la mañana siguiente el jefe de policía Rossi a un hombre que se hallaba carpiendo con ahínco alrededor de una planta en el jardín de Hill, de quien solo alcanzaba a verse un par de pantalones zurcidos.

El hombre, se irguió, limpió su terrosa diestra contra los pantalones y se la extendió a Rossi:

–Aquí lo tiene en persona.

–Perdón –se disculpó Rossi–, lo tomé por su jardinero.

–Y no anduvo usted descarriado –respondió Per Hill–; yo soy, en efecto, mi propio jardinero.

El jefe de policía examinó la vieja tricota azul, los raídos pantalones y los embarrados zapatos en los cuales se encontraba metido su por lo común pulcro amigo. Ni siquiera el cabello blanco se le alcanzaba a ver; una manchada boina grisácea lo cubría.

—¿Cuál de ustedes dos es el auténtico: el que veo aquí o —señaló con el índice en dirección del lago— el del muelle?

—Me temo que el otro —respondió Hill—. Como jardinero nunca me he considerado como un ejemplar demasiado auténtico.

—Un agradable pasatiempo —comentó el jefe de policía y agregó, cumplidamente—: Tiene un jardín muy bonito.

—En fin —se atajó Hill, visiblemente halagado—, se hace lo que se puede.

—Allá el pino azul y aquí el gran jazminero —ponderó Rossi refiriéndose, en este último caso, al arbusto junto al cual había estado trabajando Hill—. ¡Cuando florezca esa mata!

—Aquel pino azul es, en realidad, un cedro azul —certificó Per Hill, frotándose las manos—. O para ser más exacto, un *Cedras glauca*. Y lo que usted llama jazmín es un *Philadelphus*, en este caso un *Philadelphus virginalis*.

—¿Realmente? Generalmente a eso lo llamamos jazmín. ¿No es lo mismo?

—A la planta le da lo mismo si la llamo *Philadelphus* y la incluyo, así, entre las saxifragáceas, o si bien la denomino jazmín y la tomo por una jazmínea. ¡Excúseme usted!

—Nosotros, los criminólogos, apreciamos la minuciosidad —dijo Rossi, burlón—. Es la virtud básica de nuestro oficio.

Hill echó una mirada desconfiada a su visitante:

—¿De veras? —preguntó—. Bueno, también es así para la simple observación de la naturaleza... Pero, en mi afán de charlar, lo he dejado de pie. —Con un expresivo ademán invitó al jefe de policía a entrar en su casa, donde una obesa ama de llaves, digna de toda confianza, lo ayudó a quitarse el abrigo.

—Póngase cómodo —sugirió Per Hill—; mientras tanto, voy a cambiarme de ropas.

Cuando regresó, en traje de golf, encontró al jefe de policía ante la gran biblioteca, con un grueso tomo entre manos.

—Aquí está —dijo Rossi y señaló hacia la página abierta—, he citado bien: «La minuciosidad es la virtud básica del criminólogo».

Hill enrojeció hasta por debajo de sus cabellos canos.

—Así dice aquí —continuó su huésped—, en el primer tomo del «Manual de Criminología» del Director de Policía, doctor Peter Hillegom. Y así lo aprendí hace muchos años, para uno de mis exámenes. ¡No es nada amable de su parte, señor... señor doctor Hillegom, que después de tanto tiempo siga llevándome de las narices!

Per Hill intentó sonreír. No lo consiguió. Turbado, señaló hacia los dos sillones de cuero, entre los cuales se encontraba una mesita con botellas y copas. —¿Vermut? —preguntó.

—Quien calla otorga —recordó Rossi.

—¡Qué puedo hacer! —gimió Per Hill—. Si lo niego, me pide usted mis documentos.

—En realidad, debió mostrármelos al venir a radicarse aquí. Pero, en cambio, me presentó una constancia de que los había depositado ante un funcionario del gobierno.

—Me hizo un favor, pues de lo contrario no hubiese tenido descanso —aclaró Hill, mientras vertía el vermut ambarino en pesadas copas de cristal—. ¿Me he ganado o no el retiro? ¡Con la jefatura de la policía de Rotterdam durante veinte años y este manual en cuatro tomos, por añadidura, creo que es bastante! Por mi retiro, ¡salud! —La largamente reprimida indignación estalló con tanta fuerza que se atragantó con el vermut y el *signor* Rossi tuvo que golpearle la espalda—. Primero busqué un lugar de descanso en Niza. ¡Lugar de descanso! —repitió amargamente—. ¡Desde toda la Riviera me enviaban sucias impresiones digitales y cabellos ensangrentados! ¡Sin contar lo que se me mandaba aun desde Rotterdam! ¡Simplemente por

costumbre! «El viejo debe de aburrirse», se dirían. Por eso me radiqué aquí. ¿Acaso no tengo derecho, yo también, a un poco de tranquilidad? ¿A hacer lo que me venga en gana, aunque no sea más que dedicarme a la jardinería? ¿A quién puede importarle? –preguntó, irritado.

Rossi se había encorvado, como bajo una lluvia persistente. Solo después de las últimas palabras, volvió a erguirse y a saborear su vermut.

–Cálmese –rogó–, pues lo necesito para nuestro crimen...

–¿«Nuestro»? ¿Por qué nuestro? –replicó Hill–. ¿Ahora, de pronto, me necesita? ¡Ayer le molestaba cada una de mis palabras!

–Hablé por teléfono con el juez, quien me puso al tanto sobre su verdadera identidad. Créame si le digo que lo he sabido hace una hora. –El jefe de policía trataba de convencerlo buenamente, como a un niño que no quiere tragar la medicina–. Ayúdeme y le prometo que nadie se enterará de su identidad.

–¿Palabra de honor? –inquirió Per Hill con cierta desconfianza.

–Palabra de honor –prometió el jefe de policía, al tiempo que le estrechaba, a modo de confirmación, su gran mano huesuda–. Palabra de honor –repitió– si...

–¿Si qué? –Como una pelota de goma rebotó Hill en su sillón. Los pantalones de golf y el sacón lo hacían redondo como una bola–. Esto es... ¡Realmente, si usted no fuese mi invitado, lo catalogaría como un extorsionador!

–No a mí –repuso el *signor* Rossi–. En última instancia, al juez. Lo llamé por teléfono a la capital y le dije que nuestro caso se presentaba de manera hartamente penosa y difícil. Entonces, me respondió: «¡Pero si usted tiene a su alcance al más extraordinario especialista! Trate de interesar a Peter Hillegom. Hágalo discretamente. Y si le ayuda, prométele que nadie conocerá su verdadera identidad».

–¡Ajá! –refunfuñó Per Hill–; de modo que dijo que «nadie conocerá mi identidad».

–«Si le ayuda» –subrayó intencionalmente el jefe de policía.

Con las manos juntas tras la espalda, Per Hill recorrió la habitación. Parecía haber olvidado la presencia de su huésped. De pronto se detuvo ante el escritorio, levantó el auricular de la horquilla y pidió un número.

–¡Hola! ¿Con el club de golf? Buenos días, intendente. Le hablo para pedirle un favor: abone a Ángelo, en mi nombre, dos horas de tarifa, como *caddie*. No voy a poder ir al club hoy. Y dígame también, por favor, que la tableta de chocolate se la llevaré la próxima vez. ¿Cómo? ¿Qué acostumbro mal a los *caddies*? ¡Pero si se lo había prometido!

El *signor Rossi* se levantó.

–¿De modo que está de acuerdo? –preguntó tranquilizado.

–Con una condición; ¿ha sido abolida aquí la pena de muerte?

–Hace muchos años. ¿Por qué lo pregunta?

–Porque, en caso contrario no tomaría parte. Me siento demasiado viejo para *semejante* responsabilidad.

–¿Responsabilidad? Nosotros cumplimos con nuestro deber. La responsabilidad corre por cuenta del juez.

–Y este se la pasa al verdugo. Y el verdugo piensa que es el juez. No, se acabaron esos tiempos para mí. La más mínima responsabilidad de una ejecución me resultaría gravosa.

–¿Es contrario a la pena de muerte? –preguntó Rossi.

–No, pero no quiero tener nada que ver con ella.

–¡Extraña lógica! –sentenció el jefe de policía. Y casi enseguida se arrepintió de haber hablado.

Sin embargo Per Hill no se lo tomó a mal.

–No soy enemigo de la belladona –dijo–. Reconozco su importancia como producto medicinal; pero no quiero

tener nada que ver con ella.

—Así será —prometió el jefe de policía—. Nuestro cantón no conoce pena mayor que quince años de cárcel, y de ese lapso suele perdonarse una tercera parte en caso de buen comportamiento. Quedan diez años. ¿Es eso mucho para una vida humana?

—Depende —comentó Per Hill—. Para la existencia de Rudi König hubiera sido mucho.

—¿Le resultaba simpático?

—¿Y a usted? —respondió, con otra pregunta, Per Hill—. Era un inútil lleno de *charme*. Siempre deseé saber de qué vivía.

—Creo que ya desentrañamos eso.

—Tendrá que ver con la «penosa dificultad» sobre la que dio parte al juez. Escúcheme, *signor* Rossi. Si quiere que yo intervenga, no siga llamando jazmín al *Philadelphia virginalis*. ¿Qué fue? ¿Espionaje?

—¿Cómo lo adivinó? —dijo asombrado, el funcionario.

—Podría decirle que fue porque Alpe Croce está en la frontera; pero no deseo parecer más vivo de lo que soy. Ángelo me llevó a esa conclusión.

—¡Mocoso traidor! —irrumpió el jefe de policía— ¿y de dónde sabe eso? ¡Ah, ya caigo! su hermano es guarda-frontera; Severi, el que encontró el cadáver. ¡Le va a salir caro el chiste!

—Despacio, despacio —advirtió Per Hill—. Sería usted injusto con él. Ángelo tampoco es ciego. Vio, por una ventana, que junto al cadáver encontraron un dibujo, una especie de mapa.

—¿Qué tenía que hacer allá arriba?

—Fue a llevar el almuerzo al hermano y comprobó que la comisión enviada por usted se hallaba en plena tarea. Deje a Ángelo en paz. No fue él quien cometió el crimen.

—Bien, hablemos entonces del asesino —dijo Rossi.

—O de la asesina —concluyó Per Hill.

—¿Lo cree usted? ¿A causa del arma? Fue su novia, en efecto, quien se la regaló.

—No lo dije pensando en el arma ni tampoco en la prometida. Lo creo simplemente por pedantería. Tantos crímenes cometen las mujeres como los hombres. Y si agregamos a las que matan a sus hijos recién engendrados, aún más. Solamente en las novelas policiales los asesinatos corren siempre por cuenta de los hombres: la vida no es tan galante.

—¿Pedantería llama a eso? De usted se puede aprender mucho. Un joven buen mozo como Rudi König... y poco antes de la boda... ¡Su teoría tiene mucho asidero!

—¿Teorías? —Per Hill levantó la mano en señal de protesta—. ¡No exagere! Me cuidaría mucho de iniciar una investigación aferrado a una teoría. Por otra parte, si bien es cierto que en todo crimen puede ser culpable tanto un hombre como una mujer, no olvidemos que, en este caso, interviene el factor espionaje y que, por ello, el cálculo de posibilidades aumenta con respecto a los hombres.

—¡Es cierto: espionaje! —recordó el *signor* Rossi—. ¡Puede usted llevar, a su interlocutor, para el lado que quiere!

—¡De ningún modo! Ocurre, simplemente, que tengo más experiencia que usted. ¿Cuántos procedimientos lleva realizados, con este?

—El tercero. En Colaro no ocurren muchos crímenes. En todos estos años, desde que estoy aquí, solo ocurrió que un camarero mató a su mujer a tiros porque la pescó con otro y un albañil asesinó a una muchacha de una puñalada porque no lo amaba. Habitualmente, no pasamos de las consabidas riñas motivadas por las elecciones. —Lo dijo como con vergüenza.

—He tenido a mi cargo setenta y un procedimientos de los cuales algunos nada fáciles —informó Per Hill—. Primero el acto, después el actor: es mi orden predilecto. ¿Qué sabe usted del hecho en sí?